

A photograph of a brown saddlebag lying on the ground in a field of tall, green grass. In the background, a large stadium with a red roof and a tall tower are visible under a cloudy sky. The text 'SUEÑO DE CRISTAL' is overlaid in white, bold, sans-serif font in the center of the image.

SUEÑO DE CRISTAL

Marta Sebastián Pérez

SUEÑO DE CRISTAL

MARTA SEBASTIÁN PÉREZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Sueño de cristal*

© *Marta Sebastián Pérez*

Corrección: *Lector Cero*

Diseño de portada: *Sara Sebastián y Lander Arteaga.*

Maquetación: *Trabajobbie*

Para todos los que nunca se rinden,
que siguen luchando.

Para Luismi, que me “regaló” dos maravillosos
motivos para luchar cada día.



El baño estaba a oscuras. Miró fijamente el interruptor. Tenía miedo de encender la luz. Mientras estuviera a oscuras podría seguir creyendo que estaba en un sueño. O más bien en una pesadilla. Una horrible pesadilla que no sabía muy bien cómo había comenzado, ni sabía muy bien lo que había sucedido.

Tuvo que convencerse dos veces para no salir del servicio, ir a su habitación, meterse en la cama y dejar que pasaran los días, las semanas, incluso los meses. Solo quería correr, esconderse, huir de todo, de todos... Pero, sobre todo, huir de sí misma.

Cuando era pequeña y se dedicaba a jugar con sus amigos a magos, a brujos y demás seres fantásticos, ella siempre se pedía el poder de hacerse invisible. Siempre había deseado poder desaparecer, que nadie la viera, esconderse del mundo entero. Y ahora era precisamente lo que más deseaba. Si pudiera, si le quedara la voz, pediría a gritos (a quien fuera, ahora mismo no podía creer que existiera Dios), que eso no hubiera pasado, que ese día se pudiera borrar del calendario.

Pero sabía que no era posible. Que ese día no se podía borrar del calendario y que de eso no podía huir. Por mucho que ella lo quisiera, por mucho que ella lo deseara... No sabía qué podía hacer para mentirse a sí misma y creerse que eso no era más que un mal sueño. No sabía qué podía hacer y no lo sabía porque no existía nada.

Encendió la luz. El reflejo del espejo la asustó e involuntariamente, en un acto reflejo, volvió a dar al interruptor,

apagando la luz. Un leve destello tiritó un poco en una de las bombillas, reacia a dejar de brillar, reacia a dejarla en la más cerrada oscuridad. Pero se estaba bien ahí. En la oscuridad podía fingir que nada había pasado. Podía sentarse en el frío suelo, cogerse las rodillas, cerrar los ojos y soñar que estaba en otro sitio. Lejos. Muy lejos de ese lugar y de ese tiempo. Muy lejos de sí misma.

Siempre había querido huir. Había algo dentro de ella que le impedía sentirse *en casa*. Algo que le hacía sentirse fuera de lugar. Siempre había soñado con irse, buscar ese lugar que sabía que era para ella. Pero nunca se atrevía. Siempre anclada. Siempre inmóvil.

Inmóvil se había quedado también varias horas antes. Incrédula. Incapaz de procesar lo que estaba pasando. No. No podía ser verdad. Y en cierto modo era así como lo había sentido. Era como si su mente abandonara su cuerpo, como si se elevara y ella viera la escena desde arriba. Y quería gritar que se moviera, que reaccionara. Pero su cuerpo no reaccionaba. Seguía inmóvil. Fija. Como un muñeco inerte. Sin vida.

Y ella, desde arriba, a mitad de camino del cielo, lo veía todo a cámara lenta. Como una pesadilla. Como un castigo cruel e injusto, para torturarla aún más. ¿Cuánto había durado? Ella había sentido que habían pasado horas, días incluso. Una eternidad.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Estiró el brazo para coger un poco de papel higiénico y, al ir a cerrar el puño para cogerlo, un calambre de dolor le recorrió cada rincón de su mano y un leve chillido salió de sus labios. Se tocó una mano con la otra, la tenía hinchada. Tendría que vendársela. Se puso de nuevo de pie, lentamente, con dificultad. Y encendió la luz.

Había cerrado antes los ojos. Suspiró. No quería abrirlos. Si los abría, si se veía en el espejo, todo se haría real, la pesadilla dejaría de ser un mal sueño y se convertiría en

una realidad, en un horrible recuerdo. Pero lo tenía que hacer. Abrió los ojos. Y se miró.

Tuvo que mirar dos veces para reconocerse a sí misma. Contempló un rostro que no conocía, unos ojos que la miraban vacíos. Contempló su ojo izquierdo, hinchado, amenazando con ponerse negro. Esa había sido la segunda hostia. Se la había propinado mientras ella, aún en estado de *shock*, no había podido reaccionar y protegerse el rostro. La primera le había roto el labio. Aún sangraba algo. Y la sangre se había mezclado con el polvo del suelo al que la había tirado él cuando, harto de que ella se protegiera o al menos lo intentara, la había estampado contra la pared y luego había caído al suelo de un tirón.

Levantó la mano que no le dolía y tocó su reflejo. Ese pelo revuelto. Ese labio partido. Ese golpe en el pómulo que en poco tiempo se pondría negro. Después se atrevió a tocarse el rostro, no el reflejo. Tenía, también, una herida en el pómulo. El rímel de los ojos se le había corrido. Abrió el grifo y empezó a limpiarse el rostro, a quitarse los restos de rímel de la cara. Frotándose la cara con más fuerza de lo habitual. Necesitaba limpiarse el rostro, lo ansiaba. Se hizo daño en la mano y en la mejilla. Pero no le importaba. Necesitaba limpiarse. Tenía que hacerlo.

Volvió a mirarse en el espejo. No quedaba rímel en el rostro. Pero era lo único que había desaparecido. El labio seguía roto. La herida de la mejilla seguía allí. El golpe se oscurecía por segundos. Abrió el armario donde tenían el botiquín. Cogió una venda y esparadrapo. Al mirarse la mano se fijó en la manga de su chaqueta. Rota. Y al contemplarla, el tiempo pareció volver hacia atrás. Estaban en el callejón. Él gritaba. No sabía por qué. Gritaba. Gritaba cada vez más fuerte. Y ella no entendía lo que decía. Intentó irse. Incluso le había dicho que hablarían cuando se tranquilizara. Y de pronto él la había cogido de la chaqueta y había tirado de ella. Oyó cómo se rajaba.

—Me has roto la chaqueta.

—No va a ser lo único que te rompa como sigas así.

La frase la inmovilizó. Lo miró y no lo reconoció. El primer golpe se estampó contra la pared, a unos centímetros de su rostro. Las piernas le temblaron. Y cuando el segundo golpe le dio en el rostro, intentó revolverse hacia él para soltarse. Él le estrelló la muñeca contra la pared. Seguía gritando. Había muchos gritos. No recordaba cuánto había durado. Solo que cuando él se fue, dejándola tirada en el callejón, sentía el sabor de la sangre que le llenaba la boca. Era tan extraño. La sensación de haberse salido de su cuerpo y, a la vez, un extraño vacío en la memoria. ¿Un método de autodefensa?

Se vendó la mano con fuerza. Y, de pronto, oyó cómo se abría la puerta de la calle. Debía ser su madre. Buscó rápidamente su neceser y empezó a buscar el maquillaje. Su madre no podía verla así. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo le podía explicar lo que le había pasado? Cerró los ojos. Incluso dejó de respirar. Quizás si se quedara callada... Ilusiones, estúpidas ilusiones.

—¿Antía, estás en casa?

—Sí mamá, en el baño. Ahora salgo.

Con las prisas se le cayó el corrector. Se agachó de golpe para recogerlo. Esta vez el calambre le recorrió la parte izquierda de su tronco y no pudo ahogar el grito. Se levantó la camiseta. Tenía toda esa parte de un rojo intenso. Oyó a su madre al otro lado de la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

Su madre no le hizo caso y abrió la puerta. Silencio. Sus miradas se cruzaron. Su madre la miró de arriba abajo. Seria. Muda. Inmóvil.

—¿Qué te ha pasado?

—Yo... Roberto...

¿Cómo decírselo? Su madre adoraba a su novio. Llevaban juntos tres, casi cuatro, años. Y él siempre había cumplido el papel del yerno perfecto. Todas sus amigas le de-

cían que era el novio perfecto: guapo, divertido, atento... Pero no era así. Era la primera vez que le pegaba, pero su relación había estado manchada y llena de violencia en demasiadas ocasiones.

—¿Qué has hecho?

Se quedó de piedra. Tenía que haber entendido mal. Alzó la mano vendada en un gesto involuntario para colocarse el pelo mientras pensaba qué decir, cómo explicarle a su madre lo que le había pasado. Pero su madre se adelantó.

—Anda, lávate la cara y vete a la cama. Mira que eres exagerada y delicada, que vas y te vendas la mano. Si es que te lesionas con cualquier cosa. Voy a preparar la cena.

Su madre se marchó dejándola quieta en mitad del baño. Sin saber qué era lo que había pasado. Sin comprender nada. Se fue directamente a su habitación. Mecánicamente se cambió de ropa y se puso el pijama. Luego se sentó en la cama. Una lágrima volvió a aparecer y se la secó rápidamente. La reacción de su madre la había dejado helada. «¿Qué has hecho?». No recordaba cómo había empezado la discusión. Quizás había sido por su culpa. ¿Realmente había sido una exageración vendarse la mano? Le dolía. Le dolía mucho. Se tumbó en la cama y, sin darse cuenta, sin pensarlo, se fue haciendo un ovillo. Sentía un frío terrible. Un frío que procedía de su interior. El frío que siente quien se apaga por dentro.

Se despertó, si a eso que había hecho esas horas se le podía llamar dormir, al darse una vuelta en la cama. Se giró y se apoyó en el lado izquierdo del cuerpo. Encendió la luz y volvió a mirarse el tronco. El moratón había crecido. Su madre le había dejado una crema en la mesilla. Se echó un poco. Casi no pudo hacerlo. Le dolía con solo rozarse la piel. Intentó respirar hondo y sintió que se ahogaba.

Tenía que levantarse, ponerse en pie. Tenía hambre. La noche anterior, al final, no había cenado. Se había quedado tumbada en posición fetal hasta que se había quedado dormida. A mitad de la noche había notado cómo su madre había entrado y le había puesto una manta por encima. Se había despertado al abrirse la puerta, pero no abrió los ojos ni dijo nada. Esperó a que su madre volviera a salir de la habitación. Y, sin darse cuenta, volvió a llorar. No quería hacerlo. No debía hacerlo. Pero era más fuerte que ella. No podía controlarlo.

Tenía hambre. Tenía que levantarse. Pero no quería. Quería volver a tumbarse, meterse debajo de la manta y aislarse del mundo. Se levantó, cogió su bata y se la puso. Salió de su cuarto. Había ruido en la cocina. No le apetecía ver a su madre en ese momento. Se dio la vuelta para volver a su habitación, pero su madre había salido de la cocina.

—¿Ya te has despertado? Si que estás perezosa hoy.

¿Qué hora era? Mierda, iba a llegar tarde al curro. Se tocó el rostro. No podía ir a trabajar con esa cara. Pero ¿qué iba a decir? Su madre pareció leerle la mente.

—He llamado a tu trabajo y les he dicho que tuvisteis un accidente con la moto.

¿Un accidente con la moto? Miró a su madre, pero no pareció ni darse cuenta.

—Desayuna algo, cámbiate y maquíllate un poco. Va a venir Roberto a verte y estás hecha un asco.

Sintió que le temblaban las piernas. Una arcada le recorrió el cuerpo. Tenía ganas de vomitar.

—No quiero verlo.

—No digas tonterías, vístete, maquíllate y deja de comportarte como una niña.

—Pero mamá...

—¿Qué?, ¿vas a ponerte melodramática por una pelea tonta? Roberto te quiere. ¿Sabes lo difícil que es que un hombre trabajador y agradable te quiera? A saber qué es lo

que habrá visto en ti. Pero te quiere. Así que ahora ponte guapa y quítate esa cara de amargada.

Su madre no esperó a que ella le contestara. Se dio la vuelta y volvió a la cocina. Ella entró en su cuarto. Cogió ropa del armario y se fue al baño. «Quítate esa cara de amargada», «Estás hecha un asco». Las palabras de su madre revoloteaban en su cabeza. Revotaban dentro de ella. Ocupándolo todo. Se miró al espejo y volvió a notar cómo la arcada le subía por la garganta. Esta vez no la aguantó. Se acercó corriendo al váter y vomitó. Se quedó sentada en el suelo unos instantes. La fría baldosa le vino bien, le hacía sentir algo. Tenía la sensación de estar vacía por dentro. Se levantó como pudo.

Retiró la mampara de la ducha, abrió el grifo de la ducha y dejó el agua correr hasta que salió caliente. Luego se metió. Normalmente lo hacía lentamente. Pero ese día lo hizo de golpe. Y dejó que el agua corriera por cada parte de su cuerpo. No se movió de debajo del agua, no hizo ningún gesto, solo quería que el agua se lo llevara, se llevara todo lo malo, lo sucio y lo impuro que ahora sentía invadiendo cada rincón de su piel.

La primera arcada le vino de golpe. Y no pudo frenar el impulso. Se dio asco. Y no era para menos. Cualquiera que la viera... Ella que siempre había sido una chica bonita y femenina. Ella que siempre iba bien vestida y a la que nunca nadie había visto vomitar ni emborracharse. Ahora estaba ahí, en la ducha, desnuda. Con el pelo empapado cayéndole sobre el rostro, el cuerpo lleno de heridas y moratones, el color de su piel se había tornado gris, como la nieve al derretirse... Y, encima, vomitando.

Terminó de vomitar, cogió el mango de la ducha y lo limpió lo más rápido que pudo. No quería que su madre apareciera por allí, por casualidad, y viera todo eso. Le daba miedo enfrentarse otra vez con la mirada de su rostro.

Estaba terminando de limpiar el vómito cuando se dio cuenta de que el agua empezaba a salir cada vez más fría.

Estaba agotando la reserva de agua caliente. Terminó de limpiar y cerró el grifo.

Se quedó de pie dentro de la ducha. Abrió algo la mampara y a tientas buscó la toalla. Estaba cálida. Se envolvió con ella. Era una agradable sensación de la que intentó disfrutar durante unos instantes, incluso llegó a cerrar los ojos... Pero los abrió de golpe. El abrazo cálido de la toalla le había traído recuerdos de otros abrazos, que en esos instantes le parecían procedentes de otra realidad, de un mundo paralelo.

Salió de la ducha. Los espejos se habían llenado de vaho. Su imagen se veía distorsionada. Mejor. Así no podría verse.

—¡Antía! Ya ha llegado.

Se secó. Se vistió. Volvió a mirarse en el espejo. Cogió su neceser y empezó a maquillarse. Se pasó la mano por cada parte lesionada de su cara. El ojo, el pómulos, el labio. Oyó cómo se abría la puerta de la casa y cómo su madre se ponía a hablar con Roberto. Suspiró. Y continuó maquillándose. Terminó y se volvió a mirar en el espejo. Estaba segura de que le iba a quedar una marca en el labio.

Suspiró y salió del baño. Roberto hablaba con su madre en mitad del pasillo. Llevaba una rosa en la mano. Se quedó quieta. Otra vez inmóvil. Otra vez paralizada. Tensa. Ellos se volvieron al oír la puerta del baño cerrándose. Se acercó a ella y le dio un leve beso en los labios. La herida le quemó. Y notó otra arcada que se aguantó. Él le dio la rosa. La cogió sin mirarlo.

—Hola, preciosa. Me ha dicho tu madre que no te sentías bien. ¿Cómo estás?

No podía comprenderlo. No se lo creía. ¿Acaso había caído en una realidad paralela? No conseguía comprender qué estaba pasando. ¿Que no se sentía bien? ¿Cómo iba a sentirse bien si no podía ni tocarse la parte izquierda del abdomen, si había tenido que maquillarse para taparse los

morados y las heridas, si tenía la mano vendada y no podía casi ni moverla?

—Yo... No... Iba a acostarme otra vez. Pero...

—No te preocupes, amor. Solo he venido a darte la rosa y un beso. Tengo cosas que hacer. Si eso me paso más tarde. Descansa.

Volvió a darle un beso. Y ella volvió a sentir ganas de vomitar. Roberto se dio la vuelta, le dio dos besos a su madre y se fue. Se quedaron mirándose en silencio. Luego ella volvió a entrar en su habitación. Se sentó en la cama. Estaba desconcertada. Volvió a ponerse de pie. Abrió la puerta del armario y se miró en el espejo. Cogió un clínex y empezó a quitarse el maquillaje. Ahí estaba. El labio roto. La herida en el pómulo. El ojo morado. No había sido una mala pesadilla. No había sido una trampa de su imaginación. Era real. Roberto la había golpeado la noche anterior.

Otra de las frases de su madre volvió a su memoria. «¿Sabes lo difícil que es que un hombre trabajador y agradable te quiera?». Y comprendió que su madre hablaba más de sus propios sentimientos que de los de ella. Su padre las había abandonado mucho antes de que ella naciera. Su madre nunca hablaba de ese tema. Y ella había aprendido a no preguntar. Cuando era pequeña le podía la curiosidad. No comprendía por qué todos sus compañeros tenían un padre y ella no. Incluso había llegado a inventarse absurdas historias en las que su padre no paraba de viajar de un sitio para otro. Algunas de esas historias las había repetido tantas veces que después le costaba no creérselas ella misma. Luego, con el tiempo, había dejado de preguntar. No tenía la necesidad. Nunca la había tenido.

Hasta ese momento. Ahora, de pie, delante del espejo, mirándose las heridas que le había causado su novio... No podía evitar preguntarse si su madre no la habría apoyado en ese momento si su padre no la hubiese abandonado.

Bajó las persianas y, en la oscuridad, se tumbó en la cama y volvió a llorar.

Subió al desván. Encendió la luz y miró a su alrededor. Quería buscar el lugar perfecto para esconder esa caja. Había guardado todos los regalos, las fotos, las cartas..., todo lo que le recordaba a su relación con Roberto. Iba a dejarlo. Estaba convencida. Aunque su madre no la apoyase. Aunque no la comprendiera y diera origen a una importante pelea. Le había pegado. Aún le dolía el lado izquierdo y, aunque las marcas de su rostro se habían ido desvaneciendo, las heridas del pómulos y del labio la saludaban cada vez que se miraba en el espejo. Iba a dejarlo y tenía que hacerlo pronto. Antes de que el dolor desapareciera. Antes de que no tuviera los motivos grabados en la cara. Y también necesitaba no tener presentes los recuerdos positivos de esa relación. Así que, aprovechando que su madre había ido a hacer recados, había cogido todas las cosas, las había metido en una caja, la había precintado y ahora la subía al desván.

Miró a su alrededor. Ese sitio era casi desconocido para ella. No solía subir al desván. Desde pequeña le había dado miedo ese sitio. No sabía muy bien por qué. Era algo irracional. Y su madre nunca había mostrado el más mínimo interés porque se le pasara. No lo había fomentado, pero tampoco lo había impedido. Suponía que era para que no se escondiera allí, para que no subiera sola y pudiera hacerse daño con alguna de las centenares de cosas que había allí guardadas.

Suspiró. Cada segundo la caja le pesaba más. Y no sabía si era un peso físico o psicológico o ambas. Tenía que encontrar un rincón apartado. Esconderla en un sitio donde pudiera olvidarla con relativa facilidad. Al fondo del desván, en una esquina, había bastantes cajas llenas de polvo. Quizás si la metiera entre ellas... Sí. Buena idea. Levantaría

unas cuantas, luego pondría la suya y las volvería a colocar encima.

Dejó su caja en el suelo, al lado del otro montón de cajas y empezó a desmontar la torre que formaban. Tosió. Había mucho polvo y se le metía en la garganta. Todas las cajas tenían un título escrito. Había unas que debían contener cosas de sus abuelos, otra ponía que era ropa suya de bebé, trabajos y dibujos del cole... Hasta que llegó a una completamente precintada, de una manera casi exagerada, tanto que pedía a gritos que la abriera.

Sin pensarlo empezó a buscar, por todos los lados, algo con que abrirla. Encontró una caja de herramientas y en ella un cúter. Quitó todos los precintos y abrió la caja. Era una caja de recuerdos, parecida a la que ella misma había hecho minutos antes. Lo primero que cogió fue una foto, una foto que la golpeó con dureza. En ella se veía una pareja joven. Reconoció a su madre. Miró al muchacho que la cogía por la cintura y sonreía con afabilidad a la cámara. Al ver esos ojos que la miraban fijamente atravesando el papel, supo, sin necesidad de que nadie se lo dijera, quién era. Le dio la vuelta a la foto y leyó lo que su madre había escrito tiempo atrás. *Carlos y yo. Julio'80*. Volvió a mirar la foto con un nudo en el estómago. Era su padre. Nunca había visto a su padre, ni una sola foto. Rozó su rostro con la punta de los dedos, como si al tocarla la foto se fuera a desvanecer. Nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera parecerse a su padre. Y era una tontería, porque estaba claro que, físicamente, no se parecía nada a su madre, así que a alguien había tenido que salir. Pero no se lo había planteado. Quizás por no enfrentarse al dolor de su ausencia.

Empezó a llorar en silencio. Discretas lágrimas empezaron a recorrer su mejilla. Miró con más fijación la foto. No reconocía el lugar. Era un parque. Cogió un taco de fotos y empezó a mirarlas. Se les veía tan felices. Nunca se le había pasado por la cabeza. Echó cuentas. Poco después su ma-